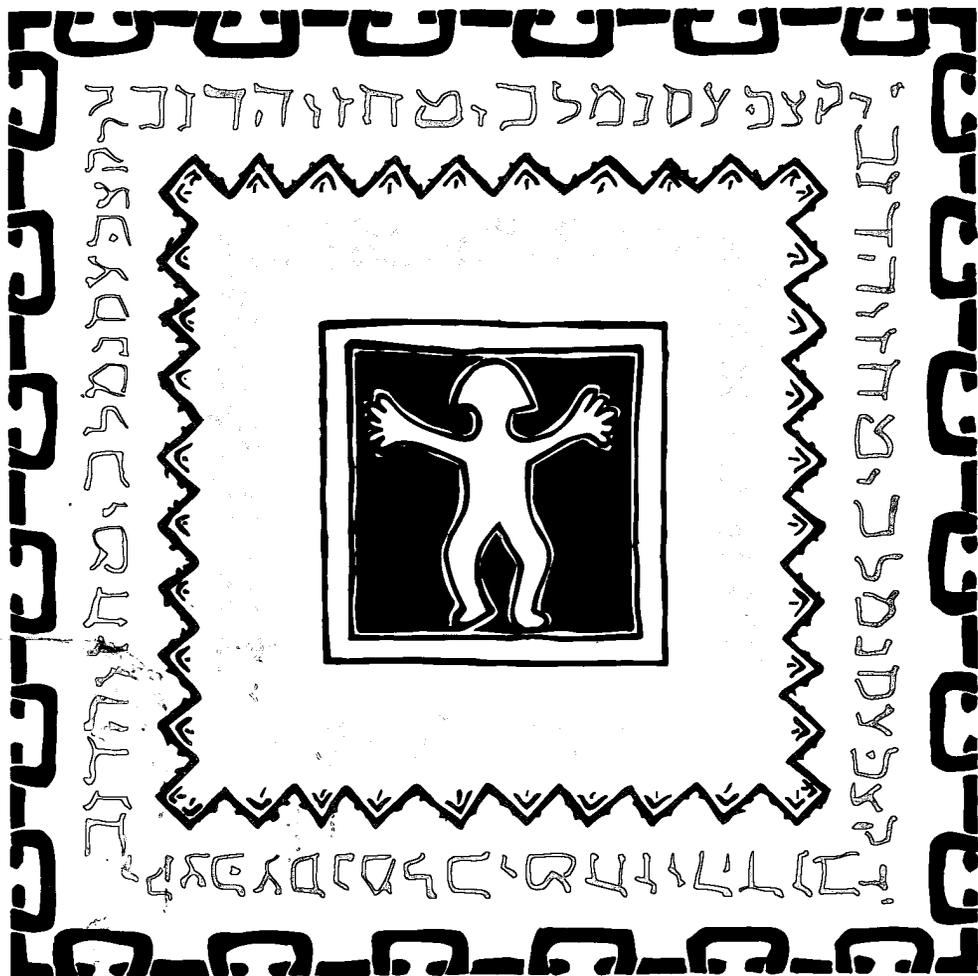


Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.)

OCCIDENTE Y EL OTRO: Una historia de miedo y rechazo



Edita

Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño y Maquetación

Centro de Diseño del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño de portada

Silvia Martín

Imprime

Gráficas Santamaría, S.A. - Bekolarra, 4

Depósito Legal: VI- 86/96

I.S.B.N. 84-87645-47-X

El bárbaro en Roma

Antonio Duplá

(DPTO. DE ESTUDIOS CLÁSICOS, UPV/EHU)

La mentalidad latina está obsesionada por la frontera.
Umberto Eco

Roma y los bárbaros hoy

Varias pueden ser las razones que avalen el interés de discutir en la actualidad sobre el bárbaro en Roma.

De hecho, de forma más o menos elaborada, asociamos los *bárbaros* a la historia de Roma. Realmente, como se puede leer en este mismo libro, la conceptualización del *bárbaro* es de origen griego, aplicado en principio a quienes hablaban mal griego y desarrollado sobre todo en relación con los persas en el s.V. a.C. Sin embargo, son los romanos quienes recogen, adaptan a su situación peculiar y delimitan de forma más acabada el concepto de bárbaro, que luego se ha transmitido a la cultura occidental.

Como decía, asociamos los bárbaros a diferentes momentos de la historia de Roma: desde Asterix y los galos a los distintos bárbaros de las películas o a aquellos *invasores* supuestamente responsables de la caída del Imperio Romano y de la época siguiente de decadencia y oscuridad.

Desde el punto de vista de la cultura occidental, todavía a fines del siglo pasado y comienzos de éste la relación bárbaros-romanos, es decir barbarie-civilización, se reflejaba en un debate a propósito de la cultura europea y su horizonte. En aquella polémica se enfrentaban romanistas y germanistas, según se asignara el papel central en la historia europea y su proyección de futuro a la tradición latina o a la germánica, con todas las consecuencias que ello suponía.

Pero incluso hoy estamos asistiendo a una revitalización de las concepciones tradicionales, clásicas, sobre la civilización y la barbarie, aplicadas al análisis de las relaciones del mundo occidental con el Tercer Mundo. Los habitantes del Sur son definidos como los nuevos bárbaros y constituirían la presunta amenaza para nuestra sociedad en su marcha hacia el Norte. Para frenar esta

invasión se habla de la necesidad de establecer un nuevo limes, utilizando el término latino para designar la frontera del Imperio. De nuevo, el *problema del extranjero* es el extranjero mismo. Entre otras cosas este análisis es muy cómodo, porque, como en el caso de *la caída del Imperio Romano*, vuelve a presentar la amenaza externa como el verdadero problema. De esa forma no se atienden las posibles contradicciones de cada sociedad, de Roma entonces o de Europa hoy, o no se aborda la cuestión desde un punto de vista más global, buscando las conexiones entre los fenómenos internos y externos.

Para continuar con esa conexión entre el pasado y el presente a propósito del bárbaro, podemos partir de un testimonio historiográfico típicamente moderno, el cinematográfico. Unos fragmentos de la película *La caída del Imperio Romano* (**Anthony Mann**, 1964) nos pueden dar algunas claves de cómo los romanos describían a los bárbaros; el cuadro es relativamente fiel y pienso que sería aceptado sin problemas por los autores antiguos.

Estamos a fines del siglo II a.C. en las fronteras fortificadas del Imperio en Europa central. Tras presentarnos al emperador **Marco Aurelio**, ya cansado al final de su vida (luego en el film será asesinado) y preocupado por la sucesión, pasamos a la acción. Las legiones romanas han de enfrentarse a los bárbaros que han sorprendido a unas tropas guiadas por oficiales inexpertos. En estos primeros episodios bélicos, la presentación de estos enemigos de Roma es paradigmática. Viven y combaten en zonas umbrías y escondidas, amenazadoras, como bosques, pantanos o cuevas; su modo de combatir es fiero y desordenado; su aspecto es impresionante, su tamaño enorme y su griterío ensordecedor; sus ídolos son toscos, su código de valores, brutal.

Se trata de todo un *programa*, en el que estos bárbaros, germanos se supone, son, además de extranjeros, *salvajes*.

La ideología

La Historia de Roma es una historia de relación permanente con el “bárbaro”. A lo largo de su historia Roma aparece rodeada y enfrentada con pueblos muy diversos, caracterizados en su inmensa mayoría como bárbaros.

Alrededor siempre de Italia y el *Mare Nostrum*, centro de gravedad del Imperio y configurado como un espacio histórico unitario, las fronteras de la forma de vida y la cultura mediterránea se desplazan mucho más al interior de Europa y África que con el mundo helénico. En el mapa las fronteras del imperio serían a grandes rasgos las siguientes: el océano al Oeste, el desierto

al Sur, los partos al Este, el Rhin y el Danubio al Norte. Britania se convierte en provincia romana con el emperador **Claudio** y **Trajano** conquista también Dacia, al otro lado del Danubio, Mesopotamia y Armenia.

En el terreno ideológico, Roma hereda la concepción griega de la contraposición civilización/barbarie, transformándola en el sentido de identificar civilización con Roma. El mecanismo de la alteridad como reafirmación/exclusión en el mundo romano funciona siempre con el romanocentrismo como elemento central.

En un mundo nuevo, en el que Grecia y el mundo helénico van ser conquistados por Roma, el anterior helenocentrismo es sustituido por una concepción de la civilización como fusión entre Grecia y Roma, bajo la indiscutible hegemonía político-militar romana. Ello aclarará progresivamente la posición de la República imperial en su relación cultural con griegos y bárbaros. Pero la actitud hacia Grecia, y viceversa, no deja de ser ambivalente. Al menos durante un tiempo hay cierto “complejo de inferioridad cultural romano”, pero al mismo tiempo una necesidad de justificar ideológicamente el nuevo poder romano. Existe el problema de la ubicación intelectual de los romanos (el *tertium genus*, frente a griegos y bárbaros) y de la supuesta consideración del latín como lengua bárbara. **Cicerón** refleja muy bien esta preocupación, y la respuesta romana, en su tratado *La república*:

(Escipión).- *Admitámoslo, pero ¿fue Rómulo rey de un pueblo bárbaro?*

(Lelio).- *Si, como dicen los griegos, todos los hombres son griegos o bárbaros, me temo que fuera un rey de bárbaros; mas si lo de bárbaro debe decirse por la manera de vivir, y no por el idioma, no creo que los griegos sean menos bárbaros que los romanos.*

En el siglo IV a.C. la visión racista biologista de **Aristóteles** le había llevado a defender, e intentar explicar racionalmente, la teoría de la esclavitud natural de los pueblos bárbaros. Sin embargo esas concepciones tan extremas del famoso filósofo y otros pensadores son pronto relegadas por concepciones más culturalistas, incluso teóricamente por la idea de la unidad del género humano. Sin embargo, este presunto universalismo y la *humanitas* romana nunca cuestionarán en la práctica los presupuestos sociales básicos del mundo greco-romano, incluida la esclavitud o la dicotomía civilizados-bárbaros.

En Roma, la contraposición entre civilización, identificada ya con romanitas, y barbarie es permanente y absoluta en el terreno ideológico. Los romanos, como los griegos, se definen por oposición a los bárbaros y esta comparación presupone una permanente superioridad en todos los terrenos.

Los romanos aportan a la delimitación del concepto una mayor dimensión moral. Esto supone, por antítesis, la creación de un ser moralmente superior: las superiores cualidades morales romanas (la *virtus*, la *sapientia* y la *veritas*) se enfrentarían a la ferocidad y salvajismo (*feritas*) de los pueblos del norte y a la superficialidad, frivolidad y decadencia (*vanitas*) de los pueblos orientales. De hecho, la diferencia fundamental es de orden cultural. Los bárbaros están en un extremo del proceso que conduce a la civilización y ese proceso civilizatorio se confunde en realidad con la expansión romana primero y con la realidad del Imperio después. En todos los autores antiguos que ilustran ese proceso (**Polibio, César, Estrabón, Augusto, Tácito**, etc.) la superioridad cultural, el etnocentrismo, es absoluta.

Al igual que el concepto asume en Grecia sus contenidos más decididamente políticos en el enfrentamiento de los atenienses contra los persas, en Roma también encuentra su explicación última en una realidad histórica determinada.

El contexto histórico en el que se integra esa construcción ideológica es el de una historia de Roma entendida como una continua expansión y conquista durante varios siglos hasta la configuración definitiva del Imperio. Se trata de un imperio y una política imperialista, que varía en los términos de su aplicación práctica (de mayor brutalidad y explotación de los provinciales a una mayor integración), pero que no cuestiona nunca la existencia de tal imperio ni la absoluta hegemonía romana. Por otra parte, esto presupone la configuración de una élite dirigente política y moralmente preparada para asumir ese liderazgo necesario para la supervivencia de Roma, identificada ésta con la civilización. Una política relativamente tolerante e integradora en materia de razas, religiones y culturas, siempre que se acepten las formas de vida romanas (ciudad-ciudadanía, latín/griego, derecho romano, etc.), facilitará ese proyecto.

En resumen, por encima de todo, el “bárbaro” es un concepto y una realidad imprescindible, útil y funcional para el Imperio y para lograr una mínima cohesión interna de la sociedad romana.

La evolución del concepto

Evidentemente hay una evolución histórica de la imagen y la conceptualización del bárbaro. Dicha evolución tiene que ver con la propia historia de la expansión romana, continua en época republicana, frenada tras **Teutoburgo** en época augustea (9 d.c.) y limitada a algunas zonas periféricas en el Principado hasta **Traiano**. A partir del s. II d.C. las fronteras quedarán fun-

damentalmente estabilizadas, y unos *limes* más seguros y fortificados en algunas zonas, a cargo de un ejército profesional y crecientemente reclutado en las provincias, permitían el disfrute de una *pax romana* en el interior del Imperio. Fuera quedaban precisamente las *gentes externae*, los *barbari*. De la mano de esa expansión y de la progresiva integración de los antiguos enemigos vencidos en la población del Imperio, serán distintos pueblos quienes sucesivamente encarnen la figura del bárbaro en el imaginario romano. Incluso será la propia intervención romana, político-militar o historiográfica, la que a veces moldeará y contribuirá a delimitar de forma más nítida la realidad histórica de esos pueblos, inicialmente menos uniforme y compacta. Por ejemplo, contribuyen a ello los historiadores **César** y **Tácito** en el caso de galos y germanos respectivamente.

Se pueden señalar algunos hitos significativos en esa evolución histórica del “bárbaro” en Roma. En el conocimiento y descripción de esos pueblos son fundamentales una serie de autores griegos, como **Polibio**, **Artemidoro**, **Posidonio** o **Estrabón**, que transmitirán la tradición etnográfica helenística, pero aplicada ahora en el marco de la hegemonía romana.

Según **Fco. Marco**, en época republicana y en la categoría del bárbaro feroz los celtas son «el paradigma del bárbaro al menos desde la perspectiva romana». Proviene del Norte y se asentará gradualmente en el valle del Po a lo largo del s. V a.C., atraídos por la feracidad de aquellas tierras italianas que producen grano, aceite y, sobre todo, vino. Se instalan definitivamente en el imaginario romano con el saqueo de Roma en el 390, un episodio traumático que les configurará como una amenaza permanente y que condicionará toda la posterior visión del bárbaro por parte de los romanos. De ese miedo ancestral hacia los galos se aprovechará más tarde **César** para legitimar la conquista de la Galia. Por otra parte, la conquista de la Céltica, en realidad un territorio que se extiende de Hispania y Britania a Panonia y el Danubio, es lo que permitirá la consolidación del poder romano.

Con los celtas se establece un estereotipo que podemos encontrar repetido, al menos en sus elementos básicos, respecto a otros pueblos. Algunos rasgos de la alteridad céltica podrían ser: frente a la mesura y al orden de la vida ciudadana poliada, su peligrosa desmesura, desde su corpulencia personal, hasta lo inmenso de la masa humana que representa su población completa en sus migraciones; frente a la idea de la guerra como empresa colectiva del ciudadano-soldado, la fase hoplítica, que supone una guerra regulada y sometida a normas, la institución del duelo singular y un combate desordenado y en tropel; frente al ritual funerario romano, el abandono de los cadáveres muertos en el campo de batalla; frente al panteón comandado por **Júpiter**, los sacrificios sacrílegos y la religión druídica, factor clave en la resistencia antirromana; etc.

Junto a los celtas, los romanos han entrado en contacto y han debido enfrentarse a otros muchos pueblos, regularmente caracterizados como bárbaros. Es el caso, por ejemplo, de celtíberos, lusitanos, cántabros y astures, habitantes de Hispania especialmente belicosos y hostiles a Roma durante los siglos II-I a.C.

Desde el punto de vista del “bárbaro arquetípico”, durante la época imperial los celtas son sustituidos por los germanos, un nombre genérico que incluye en realidad una gran variedad de pueblos. Eran conocidos antes esporádicamente pero amenazadoramente, pues cimbrios y teutones ya habían derrotado a legiones romanas a fines del siglo II a.C. y el propio **César** combate contra el caudillo germano **Ariovisto** en el Rin. Las descripciones son importantes en **César** y **Tácito**, con una presentación original, por aparentemente filobárbara, en **Tácito**. A partir de **César** y, sobre todo, tras la derrota romana en los bosques de **Teutoburgo** (9 d.C.), el Rin queda convertido en frontera del imperio, pese a los deseos de **Augusto** de llevarla hasta el Elba. Durante dos siglos servirá de contención a la expansión germana y confirmará el fin de la romana.

A partir de ese momento son germanos y partos los protagonistas de la barbarie en Roma. La presión germana en el N. y parta-sasánida en el E. constituiría un permanente elemento desestabilizador de las fronteras del Imperio. Desde comienzos del s. III d.C. queda en evidencia la inadecuada configuración del limes para resistir a las grandes invasiones: cuando superan la línea fronteriza, los invasores se pasean por el interior del Imperio, desguarnecido y sin defensas. En el 251 d.C. muere el primer emperador frente a los bárbaros. Se trata de **Decio** frente a los godos, en el limes danubiano. Supone la primera retracción del Imperio y la provincia de Dacia, más o menos en la actual Rumanía, es evacuada por **Aureliano** en el 271, proporcionando tierras a los visigodos.

Se produce en ese tiempo un proceso que evidencia la complejidad de las relaciones entre romanos y bárbaros en las zonas fronterizas. Una consecuencia histórica fundamental, tras los ataques, saqueos y migraciones, es la incorporación al Imperio de crecientes contingentes de bárbaros, en calidad de soldados o colonos. El ejército se “barbariza” para hacer frente a los enemigos del exterior y, al mismo tiempo, sirve como mecanismo de integración y de ascenso social para los antiguos “bárbaros” más capaces y ambiciosos. La despoblación de los campos por las guerras facilitaba la instalación de otras poblaciones externas al Imperio, “bárbaros”, que se sedentarizaban y podían servir de reclutas para el ejército, sobre todo en el área danubiana y en la Galia.

Mientras tanto, nuevos pueblos que se desplazan hacia el Imperio procedentes muchos de ellos de las regiones orientales se configuran como los “bárba-

ros” de la época, constituyendo un factor que acelera la crisis y las transformaciones internas del Imperio. De estos bárbaros orientales, de nuevo feroces y destructivos, hablará pormenorizadamente el historiador **Amiano Marcelino** en el s. IV d.C.

En el contexto de la nueva inestabilidad que se desarrolla en el Imperio a partir del último tercio del s. IV surgen los últimos protagonistas de la barbarie enfrentada a Roma. En el Este, procedentes de las estepas orientales, aparecen los hunos, quienes desplazarán a otros pueblos hacia el limes y provocarán la primera oleada de invasores germánicos sobre el Imperio, a caballo entre los siglos IV y V d.C. (visigodos, godos, suevos, vándalos y alanos). En la batalla de Adrianópolis (378 d.C.), se produce la derrota del emperador **Valente** ante los visigodos y, treinta años más tarde, el saqueo de Roma por el visigodo **Alarico** en el 410 causará un enorme impacto psicológico en el Imperio. Los hunos van a personificar en esta época tardía el arquetipo del bárbaro, como nos lo muestra la descripción, con indudables falsedades y generalizaciones abusivas, de **Amiano Marcelino**, con la que finalizamos este recorrido histórico:

Pero, si a pesar de su fealdad pertenecen al género humano, sus costumbres son tan rudas que en lugar de cocer y sazonar los alimentos, comen raíces de plantas salvajes y la carne casi cruda del primer animal que encuentran, tras calentarla brevemente colocándola entre sus muslos y los flancos de su caballo.

No buscan abrigo jamás bajo ningún edificio, sino que los evitan como si fueran tumbas incompatibles con su género de vida. Ni siquiera existen entre ellos chozas de caña. Sin embargo, errando a la aventura a través de montañas y bosques, se hacen inasequibles al frío, al hambre y la sed. (...) Desde sus caballos compran, venden, comen y beben las gentes de esta nación tanto de día como de noche; curvados sobre el cuello del animal, se duermen con suficiente profundidad como para tener mil sueños. También de esta forma reflexionan en común, cuando un tema grave exige una deliberación (...).

Entre ellos, nadie cultiva los campos ni utiliza el arado, pues vagan errabundos, sin residencia fija, sin hogar, sin leyes, sin forma de vida establecida, como eternos fugitivos con los carros en los que habitan. Aquí sus esposas les confeccionan sus horribles vestidos, se ayuntan con sus maridos, dan a luz y crían a sus hijos hasta la pubertad. Si se les preguntara ninguno de ellos podría decir de dónde viene, pues ha sido concebido en un lugar, nacido en otro y criado más lejos (...). Privados de sentido crítico como los animales, son absolutamente incapaces de distinguir el bien del mal. Sus palabras son insidiosas y ambiguas, ninguna religión o superstición les hace ser respetuosos, pero el oro les inflama con una ardiente pasión.

¿Es posible una tipología del bárbaro?

Analizando las diferentes descripciones de los pueblos definidos como bárbaros encontramos una serie de elementos que se repiten insistentemente. A partir de esa apreciación, parece posible construir un bárbaro tipo, que reflejaría la construcción convencional del modelo en el imaginario romano. Ciertamente, no todas las descripciones son iguales, aunque las semejanzas entre unas y otras, aplicadas a pueblos diferentes, todavía hacen dudar a muchos especialistas sobre la veracidad de esas afirmaciones, para algunos tan repletas de tópicos que las hacen inutilizables como fuentes de información histórica.

En general los componentes claves de esta diversidad se expresan en la relación con la naturaleza y con la guerra. Conscientes de las diferencias que separaban a celtas, hispanos o germanos de los más sofisticados pueblos del oriente helenístico, los romanos tradicionalmente distinguían a grandes rasgos entre los pueblos del Norte, caracterizados fundamentalmente por su primitivismo y ferocidad (*feritas*) y los pueblos orientales, distinguidos por su inconsistencia y su artificio (*vanitas*). El primitivismo y salvajismo de unos suponía irracionalidad y negatividad, incultura y violencia (*feritas*), fuerza bruta (*ferocia*), belicosidad e incapacidad para la paz (*belli furor, discordia*); mientras para los otros, esa *vanitas*, elemento definitorio también de la mujer, representaba inconsistencia, volubilidad, trivialidad, lujuria, impostura o artificio. Si esto ocurría en el ámbito moral, en el terreno político y social los bárbaros están todavía en el estadio prepolítico (clanes, ausencia de ciudades, desprecio del derecho) o bien sufren tiranías, pero, sobre todo, viven fuera de la *civitas*, el único marco político posible de civilización. Físicamente, estos pueblos, en particular los del norte, se caracterizan por su desmesura, su corpulencia física, su pelo largo, bigotes y barbas, por la masa que componen cuando combaten o emigran. También su indumentaria, por ejemplo las *bracae celtas* (a modo de pantalones), se opone a la toga romana, símbolo de la vida ciudadana, igual que su dieta, que desconoce el aceite o el vino.

Un texto de **Estrabón**, testimonio fundamental, de época de **Augusto**, de lo que podríamos llamar geografía y etnografías antiguas, puede ilustrar esa tipología. El “geógrafo” griego habla de los pueblos del Norte de la Península Ibérica:

Todos estos habitantes de la montaña son sobrios; no beben sino agua, duermen en el suelo y llevan el cabello largo al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de cabrón; a Ares sacrifican cabrones y también cautivos y hecatombes (...) En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren

sino de bellotas, que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo. Beben zythos, y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume en seguida en los grandes festines familiares. En lugar de aceite usan manteca. Comen sentados sobre bancos construidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según edades y dignidades. (...) Los hombres van vestidos de negro, llevando la mayoría el ságos, con el cual duermen en sus lechos de paja. (...) En el interior, en lugar de moneda practican el intercambio de especies o dan pequeñas laminas de plata ya recortadas. (...) Su rudeza y salvajismo no se deben sólo a sus costumbres guerreras, sino también a su alejamiento, pues los caminos marítimos y terrestres que conducen a estas tierras son largos, y esta dificultad de comunicaciones les ha hecho perder toda sociabilidad y toda humanidad. Sin embargo, hoy el mal es menor gracias a la paz y a la llegada de los romanos. Allí donde estas dos ventajas no han penetrado, conservan un carácter más feroz y brutal, sin tener en cuenta que esta disposición entre la mayoría de ellos ha podido aumentarse por causa de la aspereza y el rigor del clima.

Es evidente que una lectura más detenida de alguna de las características de los pueblos descritos por los autores antiguos podría explicar mejor sus peculiaridades, por ejemplo, esa supuesta belicosidad que pudiera reflejar ciertos ritos iniciáticos para adquirir el estatuto de guerreros. Pero la “mirada” romana no podía matizar hasta ese punto, pues no pretendía explicar, sino más bien reflejar una imagen muy concreta que justificara una determinada actitud, generalmente agresiva y conquistadora, por parte de Roma. En cualquier caso, siempre hay claramente un “antes” y un “después” del contacto con Roma. Por su parte, lo más característico del hombre civilizado sería el respeto a las leyes, la vida en ciudades, la cultura y la elocuencia.

Un autor moderno ha sintetizado así la bipolaridad civilización/barbarie que se puede deducir de la obra de **Estrabón**:

El bárbaro vive en las montañas de las regiones septentrionales, lejos del mundo mediterráneo, caracterizadas por la pobreza del suelo; carece de organización social desarrollada y se dedica a la guerra y a la rapiña; vive en poblados, sin leyes ni normas, y se muestra belicoso, irreflexivo, temerario y amante de todo lo que brilla. El civilizado habita una región templada, en el litoral mediterráneo; sus tierras son ricas y abundantes en metales preciosos; vive en paz, en ciudades y sometido a leyes; es prudente, reflexivo y temperado.

Pero también en este caso hay que distinguir entre el estereotipo y la realidad. El análisis de las fuentes permite distinguir una cierta distancia entre el concepto fabricado, el arquetipo, y las relaciones y caracterizaciones concretas

que aparecen en momentos y circunstancias determinadas. Es una contradicción que aparece incluso en los autores más radicales en la construcción negativa del bárbaro. Por ejemplo, la elocuencia y la escritura son dos símbolos distintivos de la vida civilizada (**Libanio**, *¿si perdemos la elocuencia, que quedará para distinguirnos de los bárbaros?*), pero conocemos la existencia de una y otra en pueblos bárbaros. Habitantes de la Galia, Hispania o Helvecia conocen la escritura, elaboran censos y acuñan moneda, actividades propias de comunidades civilizadas. **César**, en su *Guerra de las Galias*, distingue a los celtas de los pueblos celtas más alejados y de los germanos, estos últimos propiamente los bárbaros, pues carecían de druidas y de dioses, e incluso, hará una presentación positiva de **Vercingetórix**. El caso de **Tácito** es especialmente interesante. Su elogio del primitivismo y de la tensión energética existente entre los bárbaros, en particular entre los germanos, es evidente, pero en realidad sirve para recordar a los romanos sus virtudes perdidas. De hecho, en su obra *Agrícola* no deja de celebrar la discordia entre los bárbaros como factor positivo para la dominación romana.

La influencia de las condiciones geográficas naturales en la barbarie es otra tesis dominante en la Antigüedad. Es cierto que ese determinismo puede ser matizado por el ingenio humano, como los griegos se imponen a unas condiciones relativamente adversas. Sin embargo, en el caso de Roma, incluso la Naturaleza anuncia su papel preeminente en la historia, como destaca este pasaje de **Vitruvio**:

Al igual que el planeta Júpiter, cuya órbita pasa entre Marte, que es abrasador, y Saturno, que es muy frío, se encuentra temperado por su posición propia, Italia, de una forma análoga, situada entre las zonas septentrional y meridional, posee un valor particular debido a la combinación de sus influencias, una perfección insuperable. Sus habitantes, en efecto, superan por su inteligencia el valor de los pueblos del norte y por su fuerza el espíritu inventivo de las naciones del mediodía. Así, la divina providencia ha situado al Estado romano en una región perfectamente equilibrada, de manera que pudiera conquistar la supremacía mundial.

Las voces del bárbaro

Los bárbaros aparecen en contadas ocasiones con voz propia en las fuentes antiguas. Por lo general, cuando aparecen lo hacen en calidad de enemigos de Roma y como adversarios en el campo de batalla, o bien en descripciones etnográficas elaboradas para servir al poder romano. Pero en ocasiones sí halla-

mos, aparentemente, la opinión de aquellas gentes contrarias a Roma. Se trata de algunos discursos de líderes indígenas o de reyes enemigos de Roma que los autores antiguos, siguiendo un recurso típico en la historiografía clásica, introducían en el relato de las guerras de griegos o romanos. En el caso de Roma encontramos algunos de estos testimonios en **Cesar**, **Salustio** o **Tácito**, gracias a quienes podemos escuchar las palabras del galo **Vercingetórix**, del líder britano **Calgaco** o del rey **Mitrídates** del Ponto. Las palabras que el historiador **Tácito** pone en boca de **Calgaco** en el momento de arengar a su pueblo antes de enfrentarse a las legiones romanas pueden ilustrar esta cuestión:

Los que lucharon antes que nosotros contra los romanos con suerte diversa tenían la esperanza de socorro en nuestras manos, porque, siendo los más nobles de toda Britania y habitando por ello lugares reservados, no vemos las costas de los esclavos y tenemos hasta los ojos sin profanar por el contagio de la opresión. A nosotros, los últimos habitantes de la tierra y de la libertad, nos ha defendido hasta el presente el mismo alejamiento y el hallarnos a cubierto de la fama. Ahora el confín de Britania está abierto y todo lo desconocido se piensa que es magnífico. Pero tras nosotros no existe raza humana, sino olas y rocas y, más hostiles que éstas, los romanos, cuya soberbia en vano se evita con la obediencia y el sometimiento. Saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia la riqueza y la pobreza. A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz a sembrar la desolación.

También en este caso los temas presentes en estos discursos se repiten, en particular las críticas a la ambición desmedida y la codicia romanas, así como a su afán insaciable de conquistas, que reduce a la servidumbre a quien pretende oponerse a ellos para preservar su libertad. Es difícil valorar cuánto recogen estos discursos de la realidad del momento, pero independientemente de su grado de veracidad histórica, es presumible que muchas de las ideas allí vertidas sí respondieran al sentir de aquellos líderes y pueblos frente a Roma. En cualquier caso, su inclusión por los autores antiguos no responde en ningún momento a una actitud crítica frente al poder romano, o querer dar voz a los vencidos o derrotados. En algún momento se ha querido hacer una lectura en clave antiimperialista de uno de los más famosos de estos textos. Me refiero a la Carta que el rey **Mitrídates** del Ponto dirige al rey parto **Arsaces**, solicitando su alianza contra Roma, y que encontramos en las *Historias* de **Salustio**, historiador latino del siglo I a.C. La postura muy crítica de **Salustio** frente a

la clase dirigente romana de la época avalaba en principio esta tesis, pero sin embargo es una interpretación claramente anacrónica. Si los autores antiguos presentan estas intervenciones es precisamente para subrayar la histeria de aquellos que se oponen a Roma y la locura de quienes pretenden discutir, incluso militarmente, su hegemonía. No hay concesión alguna al bárbaro que no acepta esa superioridad.

¿El “buen salvaje” en Roma?

La lectura de la *Germania* de **Tácito**, con su presentación aparentemente positiva de los antiguos germanos, podría hacer pensar que existía en Roma una crítica de la civilización y un elogio de la naturaleza. Algunos párrafos parecen apoyar esta interpretación:

Sin embargo, el matrimonio es allí muy respetado y no podría alabarse más otro aspecto de sus costumbres. En efecto, son casi los únicos bárbaros que se contentan con una sola mujer, excepto unos pocos, quienes, no por su ardor amorosos, se ven solicitados para muchas uniones por su condición de nobles.

(...) Viven pues, envueltas en su recato, sin echarse a perder por ningún atractivo de los espectáculos ni por las provocaciones que suscitan los banquetes. Hombres y mujeres desconocen por igual los intercambios de cartas a escondidas. Para ser un pueblo tan numeroso, los adulterios son escasos; su castigo es inmediato y queda en manos de los maridos: en presencia de los parientes, expulsan del hogar a la culpable, desnuda y con el cabello cortado, y la conducen a latigazos por todo el poblado. No hay ningún perdón para la honestidad corrompida; no podrá encontrar marido ni valiéndose de su hermosura, juventud y riqueza. Nadie ríe allí los vicios, y al corromper o ser corrompido no se le llama «vivir con los tiempos». Mejores aún son aquellas tribus en las que sólo las vírgenes se casan y se cumple de una vez por todas con la esperanza y el deseo de ser esposa. Reciben un solo marido, a la par que un solo cuerpo y una sola vida, a fin de que no haya lugar para otros pensamientos ni para caprichos tardíos, y lo amen no como a un marido, sino como al matrimonio.

Limitar el número de hijos o matar a un agnado se considera un oprobio, y más fuerza tienen allí las buenas costumbres que en otros lugares las buenas leyes.

Es cierto que en **Tácito** hay una alabanza de la vida y costumbres de los germanos. Encontramos también en otros autores, por ejemplo en **César**, dudas y una presunta crítica de la excesiva civilización y de la artificialidad que pue-

de provocar la misma. Sin embargo, es difícil deducir de ahí una crítica global a la civilización romana, que pueda remitirnos a algo cercano a las teorías modernas sobre el “buen salvaje”. Es una posible interpretación del texto de **Tácito**, pero fundamentalmente se debe leer como una crítica indirecta a la sociedad romana de su tiempo. Realmente se trata de reflejar en los germanos la existencia de las antiguas *virtutes* romanas ya desaparecidas en la propia Roma. El equilibrio, perdido en Roma, entre la energía primitiva y la hipercivilización corrompida, sólo se encuentra ahora, paradójicamente, entre los bárbaros germanos. En última instancia **Tácito** lamenta esa situación y crítica a sus contemporáneos, pues esa energía vital que poseen los germanos es un elemento imprescindible para la verdadera civilización. Por tanto, la lectura apropiada sería otra. El historiador romano no añora tanto el primitivismo y la relación con la naturaleza, cuanto una vuelta a las antiguas virtudes y costumbres romanas. En relación con los germanos, quizá se ha producido una inversión de la relación arquetípica: la idealización del bárbaro integrado frente a la barbarie y corrupción romanas.

Tácito, entre otros, sí plantea otra dimensión interesante de la concepción romana, también griega, sobre la barbarie. Dada la dimensión esencialmente moral del concepto y sus concreciones (comportamientos, etc.), la barbarie como estadio inferior se puede dar también entre los propios romanos, no solo entre las *externae gentes*. Por poner un ejemplo, para **Cicerón** son arquetipos de la barbarie interna **Catilina** o **Antonio**, sus encarnizados adversarios políticos, ciudadanos romanos.

Epílogo

Es difícil reconstruir de forma ajustada el imaginario romano respecto a la barbarie, pues corresponde a una sociedad con unos parámetros ideológicos muy distintos a los nuestros. En la sociedad romana no hay nada parecido a una teoría sobre los derechos humanos y el universalismo teórico que plantean algunos pensadores no tiene ninguna trascendencia real sobre las estructuras sociales dominantes. Es una sociedad en la que la guerra y la conquista son procedimientos normales en las relaciones entre los pueblos, donde el vencedor tiene un dominio absoluto sobre la suerte del vencido. No solo eso. La premisa básica sobre la que se asienta todo este edificio intelectual que hemos visto es la de la incontestable superioridad de Roma sobre todo el orbe, que implica su disposición natural y su capacidad para ejercer ese dominio. Como señala **Paul Veyne**, pocos testimonios reflejan mejor lo estremecedor de la humanitas romana que ese párrafo del testamento político de **Augusto** en el que dice: *En cuanto a los pueblos extranjeros, preferí conservar que no destruir a quienes podían ser perdonados sin peligro [para Roma].*

Augusto anuncia al mundo que ha hecho uso de su clemencia, porque tiene el poder suficiente para ello y que, si quiere, puede actuar de otra forma. En la *pax augusta*, símbolo del dominio universal romano, hay pragmatismo político, no humanidad.

En ese esquema, como ya hemos comentado, la dicotomía civilización, identificada con Roma / barbarie ha de tener una impronta principalmente cultural, más adecuada a la realidad imperial romana. Pero esa bipolaridad no admite matices. El sentimiento de superioridad es completo. La funcionalidad del concepto de “bárbaro” puede verse reflejada en los conocidos versos de **Kavafis**:

*Porque se hizo de noche y los bárbaros no llegaron.
Algunos han venido de las fronteras
y contado que los bárbaros no existen
¿Qué será de nosotros ahora sin bárbaros?
quizá ellos fueron una solución después de todo.*

CONSTANTINO KAVAFIS, ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

Bibliografía

La cita de **Umberto Eco** está extraída de su trabajo "La línea y el laberinto: estructuras del pensamiento latino", en **G. Duby** (coord.) 1989 *Civilización latina*, Barcelona, Laia, 21-48 (la cita es de la p. 22). De los nuevos bárbaros y el limes habla **Jean Christophe Rufin**, 1992, *El Imperio y los nuevos bárbaros. El abismo del Tercer Mundo*, Madrid, Rialp. Sobre *La caída del Imperio Romano* de **Anthony Mann** y su significación historiográfica trata **A. Prieto**, 1992, *El fin del Imperio Romano*, Madrid, Síntesis, y sobre sus posibilidades didácticas **F. Lillo**, 1994, *El cine de romanos y su aplicación didáctica*, Madrid, Ediciones Clásicas.

No hay en castellano una monografía sobre el problema global de la barbarie en Roma. Es exhaustivo en cuanto a las fuentes y los problemas tratados **A. Dauge**, 1981, *Le Barbare*, Coll. Latomus, Bruxelles. En revistas y obras especializadas hay cierto número de trabajos sobre aspectos específicos en algunos autores o sobre pueblos concretos (por ejemplo, **Fco. Marco**, 1993, "La feritas céltica", en **F. Gascó-E. Falqué** (eds.), *Modelos ideales y prácticas de vida*, Sevilla, U.I.M.P., 141-166), así como interesantes trabajos de "alta divulgación" (**Fco. Beltrán**, 1988, *Los Bárbaros en el Imperio Romano*, Madrid, Col. Historia 16. nº198). He seguido a **Fco. Marco** en todo lo relativo a los celtas y la cita es de las pp.146 s.; vid. también **L. Musset**, 1978, *Las invasiones germánicas*, 2 vols., Col. Nueva Clío, Barcelona, Labor y en la misma editorial y colección **C. Nicolet**, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-27 a.C.)*, vol. 2 *La génesis de un imperio*, en particular el capítulo sobre el imperialismo romano; son siempre interesantes, aunque más centrados en las relaciones de los griegos con otros pueblos, las páginas de **A. Momigliano** 1988 (orig. inglés 1975), *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*, F.C.E., Méjico. Un ejemplo del escepticismo de algunos estudiosos ante las informaciones de los autores antiguos es **J.C. Bermejo**, 1986, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, Akal. Lógicamente hay importantes referencias a Roma y el bárbaro en obras que abordan temas más generales como **J. Bestard-J. Contreras**, 1988, *Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos. Una introducción a la Antropología*, Barcelona, Barcanova, y en las breves, pero muy sugerentes, páginas dedicadas al mundo clásico en **J. Fontana**, 1994, *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica. En el epílogo me he apoyado especialmente en el espléndido artículo de **P. Veyne**, 1991, "Humanitas: los romanos y los demás", en **A. Giardina** (ed.), *El hombre romano*, Madrid, Alianza Ed., 395-422.

Los autores antiguos son accesibles hoy en buenas traducciones en la Biblioteca Clásica Gredos, así como en numerosas colecciones en Akal, Cátedra, Alianza y otras editoriales.

El pasaje citado de **Cicerón** es *La República* I.37.58; la descripción de los hunos es de **Amiano Marcelino**, *Historia* 31.2; el texto sobre los pueblos del Norte de la P. Ibérica es **Estrabón**, *Geografía* III.3.7-8; el autor moderno que glosa a Estrabón es **P. Thollard**, citado en Marco, 1993, 159 s.; el texto sobre la favorable ubicación de Roma es **Vitrubio** VI.1.1; el discurso de **Calgaco** aparece en **Tácito**, *Agrícola* 30.2-4; el texto sobre los germanos es también **Tácito**, *Germania* 18.1; 19.1-5. el pasaje citado de **Augusto** es *Res Gestae divi Augusti* III.2.